

# EL FUTURO NO EXISTE

EDUARDO HARO TECLEN

**L**A investigación actual, con carácter científico, del futuro está más o menos sostenida por dos ilusiones que vienen acompañando al hombre desde casi el principio de su viaje por el tiempo: una de ellas es que la historia tiene un sentido, unas leyes, una continuidad casi natural. Otra, que de lo que está sucediendo en el tiempo presente ha de desprenderse lo que va a suceder en el porvenir y que por lo tanto un examen crítico analítico suficientemente objetivo y cuantioso de los datos del presente permitirán la definición, a grandes rasgos, de cómo va a estar hecho el mañana. Parece, por otra parte, que las investigaciones científicas sobre el futuro no tienen un carácter enteramente gratuito y especulativo o de mera curiosidad científica: los presupuestos que algunos grandes estados dedican a ello muestran, sobre todo, el interés de que una vez definido el futuro pueda modificarse en un sentido favorable a sus intereses o, en otro caso, adecuar convenientemente a las sociedades a lo que va a venir.

Esta era la misión de la política. Entre sus varias y heterogéneas definiciones está la de proyectar, prevenir, dirigir el tiempo. Hace algún tiempo que esa misión parece haberla abandonado. Es la consecuencia de la comprobación. Las grandes políticas generales, materialistas unas, espiritualistas o religiosas otras —por lo menos, en sus propios conceptos y declaraciones de propósitos: en la práctica uno y otro términos han estado siempre tan confundidos que han perdido todo valor— tenían una parte profética, y una parte también de activismo, del carácter de «A Dios rogando y con el mazo dando»: sea porque los ruegos no han sido escuchados suficientemente, sea porque se ha dado con el mazo en el punto que no correspondía, sus previsiones no se han cumplido; incluso los datos han resultado contradictorios. Con tal rapidez que las mismas generaciones que recibieron nuevecito, casi recién hecho, el mensaje de la profecía han

tenido tiempo de comprobar que no tenía ya un sentido práctico, y que lo que parecía o se titulaba científico ha estado en contradicción con el desarrollo mismo de la ciencia.

Lo que no se ha cumplido con arreglo a las profecías positivas tampoco se cumple con arreglo a las negativas. Estamos al borde del «1984» de Orwell, o de su «Animal Farm», y las predicciones apenas pueden tomarse más que como sátiras. Y las del «Mundo Feliz», de Huxley. Se ve ahora que estaban demasiado impregnadas del aire de su propio tiempo como para servir en éste, o en el futuro.

Las profecías que se emiten en el nuestro tienen características distintas. Hay dos tendencias: una de ellas es la que podríamos llamar profecía del pasado, de la que son eminentes creadores unos jefes religiosos como el Papa Wojtyła o el ayatollah Jomeini: su idea general es la de que las enormes transformaciones sufridas por la dinámica de vida en por lo menos el siglo presente no tienen ningún sentido a la luz de las verdades que consideran eternas —cada uno según su libro—; de su moral, su ética, su más allá, su código de premios y recompensas. Lo mismo da que el hombre llegue o no a la luna, o que haya coche para todos, cuando de lo que se trata es de los diez mandamientos o de los versículos del Corán. El éxito de estas profecías en sus respectivos ámbitos está asegurado desde el punto en que las otras utopías se han desmoronado; y la más práctica, la más visible, que la científica y técnica, no está consiguiendo la felicidad del hombre: por el contrario, ha abierto el abismo nuclear y este otro abismo de la degeneración del medio, del que nace la profecía ecologista.

La segunda tendencia es la del abandono. Llevada al absurdo, trata de demostrar que esta misma vida que tenemos es imposible; y que por lo tanto no hay que esforzarse en preparar nada para el futuro porque es imposible también. Es una profecía de desmigajamiento: todo se nos va de las manos continuamente. Algunos de sus datos aparecen —irónicamente— en el libro de Stanislaw Lem «El vacío

perfecto» (Bruguera, 1981) sobre todo en el capítulo donde hace el examen de dos libros imaginarios (toda la obra está hecha sobre libros que no existen, y que inventa, como a sus autores, el propio Lem) que se titularían «De impossibilitate Vitae», y «De impossibilitate prognoscendi»: se trata de la demostración de que «en la historia sólo existen hechos totalmente imposibles desde el punto de vista probabilístico». La idea es la de que si a un científico, de los umbrales del siglo XX dotado de todas las informaciones posibles acerca de su mundo y del pasado, le hubiera podido ser descrita la vida actual, no los hubiera aceptado: «Es evidente que en el año 1900 sólo un loco habría reconocido la probabilidad de estos acontecimientos. Y sin embargo se han producido. Si se han producido tantas cosas improbables ¿por qué este estado de cosas tendría que sufrir de repente un cambio radical para que desde ahora sólo se produjeran fenómenos verosímiles, probables y posibles? Predecid el futuro como queráis —dice el profesor a los futurólogos— con tal de que no baséis vuestras predicciones en el cálculo de probabilidades». Más allá de la broma literaria —no hay que olvidar que el polaco Lem, además de escritor, es fundador de la sociedad de Astronáutica y de la Asociación Cibernética Polaca, además de profesor de filosofía: esto es, un científico— esa profecía del desaliento por las profecías se está produciendo a niveles más altos y simultáneamente a niveles más populares. Basta vernos a nosotros mismos, al mundo que nos rodea, a las sociedades en diversos estadios que conviven en el mundo, para saber que se vive al día. Aún nuestros padres, con toda seguridad nuestros abuelos, venían al mundo con un capital de futuro —incluso de mal futuro— con el que traban de adecuarse o de pelearse; construían una forma ideológica, una manera de estar en el mundo y, desde luego, unos ahorros, una previsión, hasta un optimismo. Gran parte de las veces las cosas no salían como se esperaba y se atribuía al azar, o la suerte mala o buena, con un clásico «De no haber sido por...» El concepto ha variado enormemente desde enton-

ces. Hoy ya no se suele atribuir a lo imprevisto un carácter de irrupción, sino de seguridad, de inevitabilidad: algo va a pasar para que todo cambie, y no hay posibilidad de saber cómo. El capital de futuro se ha dilapidado. Pensemos solamente en los últimos meses, incluso en los últimos años, del franquismo en España. Cualquier cálculo de futuro llevaba entonces a situaciones imaginarias que no tenían nada que ver con la realidad actual, y esto es válido en un sentido o en otro: desde los que profetizaban la continuidad eterna de la dictadura con otros nombres hasta los que imaginaban la salida del pueblo a la calle para instalar un régimen propio. Ni este tipo de democracia, ni la oscilación indecisa entre el golpismo y el terrorismo, ni la situación económica nacional o internacional, ni la situación de los partidos políticos y el parlamento, ni el «desencanto» podrían haber sido profetizados en ese momento. Lo que ocurre es que las profecías al revés siempre funcionan: es decir, el examen cuidadoso de los hechos reales como han sido dan la sensación de lo inevitable: lo que ha sucedido «tenía que suceder». Pero esto no es nunca más que un espejismo de historiador.

Un tercer grupo, menor, de profetas o de futurólogos se inclinan ahora por una descripción amable del futuro: estamos en una época de transición, parecida a la del tránsito de la Edad Media al Renacimiento, y eso nos ha hecho perder nuestros puntos fijos de referencia. Una vez que se asienten las nuevas instituciones, las nuevas premisas, la estabilidad volverá a la tierra.

Lo cual no es nada seguro. Puede ser que la estabilidad sea la de la inestabilidad: es decir, que nos acostumbremos a saber, por fin, que el futuro no existe. Que tenemos que convivir eternamente con lo que no se sabe, con lo que puede ser, con lo que no puede ser. Todo ello forzaría una nueva psicología, una nueva forma de relaciones humanas, incluso una nueva manera de practicar la política... Pero más vale detenerse aquí, porque de otra forma estaremos practicando ya una forma de futurología. Tan falsa como cualquier otra. ■

